ADELANTE!

PERIÓDICO DEL Y PARA EL PUEBLO

AÑO I — NÚM. VII — Montevideo, Junio 15 de 1909 — Dirección: CALLE NUEVA YORK. 128a

PORTE PAGO.

Moralidades socialistas

El Castillo de Jaurés

Los periódicos socialistas hablan con indignación de los jóvenes banqueros que como Rochette, tienen «hasta un castillo». El «hasta» me extraña. Porque en Francia el «chateau» es tan necesario como la chistera, como el frac. En cuanto un honorable burgués hace fortuna, lo primero que compra es un castillo.

—¡Eh!—me dice alguien.—No sólo los burgueses. Los mismos socialistas revolucionarios...

Es verdad... Es una triste verdad. Yo no quería ni creerlo ayer, pues, en mi ingenuidad, creía que un socialista de esos que piden todas las mañanas la repartición de las riquezas y que todas las tardes gritan contra la tiranía del capital, debe ser en la vida cotidiana pobre y modesto. La culpa la tiene Jules Guesde, que en otro tiempo solía venir al café donde sus compañeros tomaban el aperitivo y que, con su barba hirsuta, con su levita raída y con sus zapatos enormes, me hizo concebir un tipo ideal de apóstol miserable. «Ese hombre—decíame mi amigo Gerome Levy—ese hombre que hubiera podido tener millones, ese hombre que habría podido ser ministro diez veces, ese hombre no tiene sino los trapos que lleva puestos. En su casa la pobreza es un rito. Fuera de lo indispensable, no acepta nada de la sociedad. Su mesa es la de un asceta. Los cigarros que fuma son los mismos que fuman los obreros. ¡Este sí que es un convencido!» Y así, creyendo que para ser un convencido se necesita, además de proclamar las ideas en discursos, ponerlas en práctica en la vida, he llegado de un modo inconsciente á considerar como socialista poco serio á todo aquel que en su existencia no es como un asceta rojo. Y la prueba de que no sólo á mí me produce esta impresión la vida del gran Guesde, es que un grupo de socialistas jóvenes acaba de declarar peligrosos á esos apóstoles que hacen creer en un «tipo extrahumano de socialistas». La frase es típica y recuerda aquella célebre sentencia en que un juez de Napoleón III declaró á Eugenio Sué enemigo de la religión, por haber trazado un retrato de «sacerdote ideal, al lado del cual los verdaderos sacerdotes tenían que parecer indignos». Yo no diré indigno, porque la palabra es grosera; pero extraño, sí, se me antoja el socialista que, como Millerand, es el abogado de los millonarios, ó que, como Bertau, es banquero, ó que, como Jaurés, tiene un castillo... Porque Jaurés es el socialista que tiene un «chateau» ni más ni menos que Rochette. Se llama el Chateau de Bessoulet. Un «repórter» que fué á «interviewar» al gran leader, nos lo describe con su magnífico parque señorial, con sus almenas á la antigua, con sus ventanas floridas, con sus vastas caballerizas, con su verja bien alta y bien cerrada, con sus soberbios campos dependientes, con sus numerosos vasallos... Y mientras el «repórter», absorto, contemplaba desde la terraza todo el castillo, el castellano le hablaba de la miseria de los desheredados, de la desigualdad de las condiciones humanas, de la urgencia de repartir los bienes entre todos los hombres, de lo injusto que es el poder, de lo criminal que es la riqueza...

Al referirnos todo esto, el periodista no lo hace con ironía. La ironía está en los hechos. Y yo pienso que, verdaderamente, si la vida es injusta, más noble es decirlo, como Jules Guesde, en un cafetín obscuro, fumando un mal cigarro, que en un palacio principesco.

Enrique Gómez Carrillo.

¡ADELANTE! no se vende ni reparte suscripciones. El grupo editor dedica siempre cierto número de ejemplares—las dos terceras partes casi siempre—á la propaganda á domicilio y por correo.

Aquél que quiera recibirlo envíe su dirección y quedará complacido.

Se reparte gratis.

Nuevo periódico

Varios compañeros concurrentes al Centro Internacional han tomado el acuerdo, recientemente, de publicar en Montevideo un nuevo periódico anarquista. Si los propósitos no se malogran, como es nuestro deseo ferviente, dicho periódico será quincenal y aparecerá en fechas opuestas á *¡Adelante!*, tal vez los días 10 y 25, para que, de esta forma, pueda suponerse que existe en Montevideo un semanario.

Se trata de que el tamaño de el periódico sea más ó menos como el de *Tierra y Libertad* en la actualidad. La idea es buena y, si el anunciado colega se porta sincera y valientemente, tendrá de su parte toda nuestra efusiva ayuda moral, ya que la material la precisamos en absoluto para «¡Adelante!»

En la sociedad anarquista

III

LA ABOLICIÓN DEL DINERO

El producto del trabajo como medio de cambio á que aspiraban los primeros socialistas, respondía á la reacción operada en los espíritus generosos contra el acaparamiento del dinero por medio del agio y de la usura, contra la explotación y la miseria de que era víctima la parte de la humanidad que trabajaba y contra los privilegios de que gozaban los que no producían ni hacían nada de provecho para sus semejantes. El aforismo «el que quiera comer que trabaje», no era más que la manifestación ruda, primitiva casi, de la protesta socialista, y el complemento, algo menos teórico, del primer principio revolucionario con carácter económico, con masa militante y acción popular, «el producto íntegro del trabajo».

Claro está que si ha de darse á cada obrero el producto íntegro de su trabajo, se acaban los patrones y se hace imposible vivir de la suma de trabajo que el burgués resta al producto de los demás. Así, pues, «el que quiera comer que trabaje» se compagina perfectamente con «el producto íntegro del trabajo», y con este producto como medio de cambio.

Estos son los principios revolucionarios y de protesta contra el Estado burgués (explotación del pobre y acaparamiento de la riqueza), difundido entre los internacionalistas.

Discutióse el teorema. La reacción, representada por la economía burguesa, salió al encuentro de la protesta colectivista con las siguientes razones:

«Supongamos que se construye una línea ferrea de Lisboa á San Petersburgo. ¿Cómo entregar á cada uno de los constructores el producto de su trabajo? No hay manera de hacerlo. En cada metro de línea intervienen cien obreros, ¿hemos de dividir la línea en centímetros para que se la lleven los productores y la cambien en el mercado con el trabajo individual de otros? Por otra parte, la construcción de un par de buenas botas ó de un traje representa uno, dos, tres ó cuatros días de trabajo. El productor, durante estos días, ha necesitado pan, vino, carne, patatas, pastas, frutas, etc.; ¿ha de cambiar su par de botas ó su traje, que representa una unidad y el trabajo de varios días, con cuantas cantidades ú obreros se dediquen á producir lo que él ha necesitado para vivir los días empleados en hacer el traje? No; con un par de botas ó un traje imposible es que se calce y vista más de una persona».

Los escritores colectivistas objetaron que para los casos señalados por los sabios burgueses, se establecerían bonos representativos del valor empleado en la construcción de aquellas obras que dependieran de varias personas y fuesen de uso común, al objeto de que, en posesión el productor de dichos bonos, pudiese cambiarlo por valores equivalentes.

Pero los economistas más hábiles y más astutos, replicaron: «Luego en la sociedad «del que quiera comer que trabaje» y del producto del trabajo como medio de cambio, será menester la existencia de un valor equivalente al trabajo de cada uno, y este es, y no otro, el papel que entre nosotros desempeña el dinero.

—La moneda no representa actualmente el producto del que trabaja—replicaron los colectivistas.

—Ello no es ya un hecho, sino un caso de opinión —insistieron los sabios burgueses—porque, según la nuestra, al trabajador se le da actualmente el producto de su trabajo representado en monedas ó bonos, como ustedes quieran llamarles, «menos», naturalmente, la parte que corresponde á la dirección y administración del negocio».

Así atacaba la reacción representada por los economistas burgueses, y así se defendían los colectivistas. Más en honor á la verdad, la razón estaba de parte de los colectivistas. Los bonos se diferenciaban de la moneda en que sólo podían poseerlos los que trabajaban, y la moneda empezaba por no representar más que una parte del trabajo. No cabe duda, pues, que el sistema colectivista, sin ser justo ni perfecto, representaba una perfección y una justicia mucho mayor que el sistema capitalista.

Por la izquierda, es decir, por la parte evolutiva, el producto íntegro del trabajo y el producto del trabajo como medio de cambio, sufría algunos quebrantos, produciéndose la evolución que en la historia del socialismo representa el comunismo anarquista.

Prescindiremos de señalar el origen del anarquismo colectivista, nacido en el tronco del socialismo autoritario y defensor del producto íntegro del trabajo primero y comunista luego, y sólo señalaremos la evolución económica, que es lo único que importa á nuestro propósito.

Con el producto íntegro del trabajo y con el producto del trabajo como medio de cambio, tenemos: Primero, que quien no trabaja no tiene qué cambiar y que quien no tiene qué cambiar, no tiene qué comer. Consecuencia: los niños, los viejos, los enfermos, no tendrían qué comer.

Quien, es más fuerte y resiste más la fatiga que otros, puede producir más que algunos y llevar al mercado más producto de su trabajo. Consecuencia: desigualdad social.

Quien siendo más fuerte que los demás, haya de mantener familia menos numerosa, puede ahorrar producto de su trabajo. Consecuencia: el ahorro, la propiedad individual y el amo como resultado de acumular constantemente un sobrante de vida que puede faltar á otro.

Corolario: Reconociendo que el colectivismo es mucho más justo que el sistema capitalista, debemos deshecharlo, porque, ó desampara á los incapaces para ganarse la vida. ó mantiene el principio cristiano de caridad, ó se convierte en comunismo aceptando la solidaridad y el derecho á la vida en partes iguales, sin distinción de aptitudes y sin tener en cuenta los defectos físicos de nadie.

Estamos, pues, en plena evolución comunista. Por la justicia y por la igualdad somos comunistas; por la libertad, somos anarquistas.

Mas hay otro asunto á discutir.

¿Es el arte un trabajo? ¿Pueden las obras artísticas considerarse de utilidad pública? Si pueden considerarse de utilidad pública las obras de arte, y más que de utilidad pública de necesidad al embellecimiento de la vida, ¿cómo tasar el mérito y el tiempo de una obra de arte que puede valer la vida de su autor? El producto íntegro del trabajo, el trabajo como medio de cambio, esto es, el colectivismo, tampoco resolvía este extremo; pero estas son cosas que serán tratadas otro día, después de discutir el funcionamiento de la sociedad sin dinero y sin el producto del trabajo.

NUESTRA PRENSA

¡Rebelión!

Se publica en Regla (Habana). Es un semanario valiente, redactado por varios entusiastas compañeros españoles que integraron los grupos «4 de Mayo» de Madrid y Barcelona y «22 de Enero» de Madrid.

Aparece semanalmente, sin interrupción alguna, estando ya en el número 17 de su publicación. Sale impreso á cuatro columnas y en cada número publica un balance detallado de gastos é ingresos. Muy bien.

Ha sostenido y sostiene campañas buenas contra el déspota de México, Porfirio Díaz, al cual es probable que «¡Adelante!» «dedique» un número entero, como prueba relevante de sus méritos como presidente de aquella República.

El último número llegado á nuestro poder consta de ocho páginas, muy bien impreso en papel satinado y dedicado casi todo á la recordación de las infamias de Montjuich, con bravos artículos de propaganda.

El número suelto vale tres centavos y su administración y redacción se hallan situadas en la calle Céspedes 67, Regla (Habana), República de Cuba.

Salvador Mulero

Salvador Mulero, uno de los varios compañeros que fueron atormentados en Alcalá del Valle, ha muerto en el presidio de San Miguel de los Reyes, en Valencia. Consumóse la obra criminal de la burguesía española, burguesía rica y canalla como pocas, traidoramente empeñada en el exterminio de cuantos, hartos de atropellos y vejámenes y llevando en el rostro las huellas claras y profundas de hambres y miserias desoladoras, intentan emanciparse de todos los yugos.

Nosotros no loamos á nadie porque no nos gusta entonar cánticos y alabanzas, pero sí profesamos un verdadero cariño á todo aquél que ante la abyección moral en que unos y otros se hallan sumisos, logra levantar en alto sus puños amenazadores y los deja caer rabiosamente, brutalmente, si se quiere. sobre los gobernantes y los que lo sostienen. A estos hombres pertenecía Mulero.

De sus últimos momentos en la cárcel, nadie mejor que Azzati, brillante escritor republicano que fué nombrado albacea testamentario por Mulero, puede relatarlos:

«Rodeamos su cama. Sobre su cabecera vemos un nombre y un número. Cuando arranquen estas marcas, Salvador será libre: lo habrá indultado la muerte, que es siempre, siempre más generosa que los hombres, tan generosa, que al arrebatarnos nos envuelve eternamente en el beso infinito de las tinieblas. Mulero nos contempla y no nos teme. Supone que vamos á prestarle un buen servicio: escribir y atestiguar su última voluntad. Todos sus bienes son sus ideas. ¿Qué mayor riqueza? ¡Cuán triste debe ser morir cargado de oro, bajo el peso de la brutalidad, que es una horrible dolencia que no duele! ¡Qué horrible debe ser morir sin ideas! ¡Qué amargo, también, recordarlas al tiempo de morir!

El depositario de la fé pública pregunta en qué religión milita Salvador.

—¡En la del obrero!—murmura débilmente el condenado.

Al oir tan sublime y sintética expresión me invaden las lágrimas. Siento horripilaciones de frío en la piel. Se empequeñecen ante mi alma los genios, los héroes, los filósofos; se derrumban las leyes, palidece la sociedad toda, caen los dioses estrepitosamente y con la voluntad y el espíritu quisiera agigantarme hasta llegar al cielo para escribir en su pizarra con letras inmensas como el espacio: «¡Todo es mentira!»

Sí, pobrecillo Mulero, en esa religión que te llevó al martirio descansará tu cuerpo. Tu alma pertenece á nosotros, á todos nosotros, que todos los obreros del mundo, todos los proletarios de alma atlética y rebelde, somos tus albaceas. Con pedazos de alma obrera, mutilada, injuriada por la iniquidad, hemos construido nuestro estandarte. Cuando cierres los ojos para siempre, se inundará tu camastro de vivísima luz, y en esos rayos, en los que palpitarán millones de insectillos ebrios de alegría y de calor, cabalgarán victoriosas tus doctrinas, que son las de la humanidad futura.»

En cuanto al proyectado boicott á la Exposición de Valencia, pedido por los anarquistas españoles con el objeto de ver si por este medio el gobierno español libertaba á los presos de Alcalá del Valle, no dió resultado alguno á pesar de estar apoyados en sus pretensiones por los compañeros de casi todos los países.

Atrocidades militaristas

Atrocidades como las que vamos á narrar sólo pueden ocurrir en Alemania, país militarista por excelencia.

En una ciudad de aquel imperio europeo enfermóse un soldado de cierto regimiento de línea, siendo conducido al hospital en vista de su estado, dónde, una vez reconocido por el médico, le fué comunicado que se hacía de todo punto necesaria una operación quirúrgica, consistente en abrirle el vientre y extraerle un tumor que el médico creía que germinaba en aquél. El soldado negóse en absoluto, rotundamen-

te, á ser operado. No valieron los consejos ni las seguridades que de su curación le daba el médico.

Las autoridades militaristas, ¿qué hicieron ante esta negativa? Formar al infeliz soldado un Consejo de Guerra. Y he aquí que, recientemente, compareció el acusado ante el tribunal encargado de juzgarle.

La respuesta dada por el soldado á las numerosas preguntas que se le hicieron fué siempre la misma:

—«Yo no me dejé operar por dos razones: porque en mi vientre no manda nadie más que yo y porque á un amigo mío le hicieron cierta peligrosa operación, resultando después que el médico habíase equivocado».

La respuesta fué digna en verdad, de la entereza demostrada en su negativa á dejarse operar.

El Consejo, no obstante, resolvió condenarle á cuatro años de presidio por insubordinación.

La condena es también digna de las autoridades militaristas.

Bibliografía

En los últimos quince días han llegado á nuestras manos los siguientes periódicos y revistas:

Les Temps Nouveaux, de París. Quincenal anarquista publicado por el compañero Juan Grave. Dirección: 4, rue Broca.

—El Peluquero, de Montevideo. Organo de la Sociedad Cooperativa de Patrones Peluqueros.

—El Obrero Municipal, de Montevideo. Publícase mensualmente por la Sociedad «Obreros Municipales».

—El Censor, de Sarandí del Yí. Semanario colorado independiente.

—El Orden, periódico bisemanal que ve la luz en Villa de Artigas.

—El Pueblo, bisemanario colorado de Santa Rosa del Cuareim.

Además recibimos ¡Tierra!, de Habana; ¡Rebelión! de Regla (Habana); La Lucha y Avanzando, de Nico Pérez; La Propaganda, de San Carlos; El Progreso, de Minas; El Obrerito, de Florida; El Eco Rosasino, del Rosario; El Iris, de Villa del Cerro; la revista ilustrada Bohemia y El Demócrata de Montevideo y La Reforma, del Carmelo.

Correspondencia de Redacción

«Avanzando, Nico Pérez».—Agradeceremos envíen á nuestra dirección unos cuantos ejemplares del número tercero. Salud.

«A. Y., Montevideo»—Su artículo Las leyes y sus víctimas irá en el próximo número, si para entonces no han desaparecido los motivos que le impulsaron á escribirlo.

«J. C., Marseille».— Reçus les journaux et las brochures. Merci á tous.

De la tirada del periódico siempre nos queda libre la tercera parte, la cual ponemos á disposición de los grupos y compañeros al precio de cincuenta centésimos el paquete de cien ejemplares. Los pedidos á Josué Guelén, Nueva York 128 a. Conste que nos haremos los sordos á todo pedido que no venga acompañado del importe.

La Imprenta Clandestina

(Conclusión)

Después de los primeros saludos, expliqué el motivo de mi visita, ó sea el deseo de insertar en el periódico la picante escena de la mañana, de que he hablado más arriba, y que inútil es decir, fué acogida con gran alegría. Pero como el periódico estaba ya compuesto y se debía quitar algo para poner el «entrefilet», que solo era cuestión de pocas líneas, rehusé á la inserción.

Visité las habitaciones interiores donde se hacía el trabajo, cuyo mecanismo era sencillísimo. Algunas cajas con caracteres diversos, un pequeño rodillo recién fundido con una especie de pasta gelatinosa muy semejante á la cola de los carpinteros, y algo dulce el gusto; un gran cilindro pesado cubierto de paño que hacía las veces de prensa; algunas escobillas y esponjas ennegrecidas en una cazuela, y dos vasijas con tinta tipográfica. Todo estaba dispuesto para poder ser escondido en un cuarto de hora en un armario grandísimo situado en un rincón de la estancia.

Me explicaron el mecanismo del trabajo y algunos subterfugios que servían para alejar la menor sospecha del «dvornick», el cual venía diariamente á traer el agua, la leña, etc. El sistema adoptado no era el de privar la entrada, sino, al contrario, precisamente el de hacerle ver con distintos pretextos y con la mayor frecuencia posible las habitaciones interiores, quitando antes de ellas todo lo sospechoso.

Una profunda tristeza me asaltó en presencia de aquella gente. Comparaba, sin quererlo, su vida terrible con la mía y tuve vergüenza de mi mismo. ¿Qué significaba nuestra actividad á la luz del día, en medio de la multitud agitada de los amigos y del ruido de la lucha, en parangón con aquel sacrificio contínuo de la existencia toda que se consumía en aquel verdadero subterráneo?

Salí. Bajé lentamente la escalera y anduve por las calles presa de los más encontrados pensamientos.

Pensaba en lo que había visto, pensaba en la lucha por la cual daban aquellos su vida en holocausto. Pensaba en el partido.

Una idea me asaltó de improviso.

¿No son esos, pensé, los verdaderos representantes de nuestro partido? ¿No es este el cuadro viviente que resume en sí el carácter de toda nuestra lucha? Y un sentimiento de entusiasmo me inflamó el corazón. Somos invencibles, pensé, hasta que no se agote la fuente de donde proviene tanto egoísmo anónimo, que es el más grande de todos; somos invencibles mientras el partido cuente con tales personas.

Sergio Krawchinsky.

Terminada en este número La Imprenta Clandestina comenzaremos en el próximo la narración titulada El Terrón de Azúcar, interesante episodio de la lucha entre los nihilistas y la autocracia rusa.